



Capítulo 29

La mayoría de los miembros de la Orden del Eclipse, liderados por Deus Macallian, apoyaban a Alon. Sin embargo, actuaban así únicamente porque Alon era considerado el benefactor de Deus. En realidad, sus sentimientos hacia Alon eran casi de indiferencia. Para los caballeros del Eclipse, Alon no era particularmente especial, aparte de ser el benefactor de Deus.

Incluso si había emociones involucradas, solo se debían a los celos que algunos caballeros jóvenes sentían al ver cómo Deus trataba a Alon. Aparte de eso, apenas sentían nada por él. En resumen, los caballeros no tenían sentimientos particularmente positivos hacia Alon.

Pero al menos por el momento...

«Vicepresidente de la Torre, ¿puedo pedirle un favor?».

«Sí, sí... ¿Qué tipo de favor...?»

Los caballeros solo podían mirar fijamente, con la boca abierta.

«¿Podrías preparar una poción de Leviteon?».

«¿La poción de Remiteón?»

«Sí. ¿Puedes hacerlo?».

«¡Ah, sí, por supuesto! ¡Por supuesto...!»



No solo los caballeros de Eclipse, sino incluso los Caballeros de Plata, que acababan de ser reprimidos por Penia, se quedaron sorprendidos. Esto se debía a que sabían que la vicemestra de la torre que tenían delante tenía una personalidad tan excéntrica como sus geniales habilidades mágicas.

De hecho, no eran solo ellos. Cualquier caballero que hubiera participado en una expedición al norte habría oido historias sobre la «histérica Penia».

Configuración de privacidad

Cuando se dirigían al norte, los magos de la Torre Azul, que a menudo eran convocados al mismo tiempo, siempre se quejaban de la insopportable personalidad de Penia, por lo que era imposible no saberlo.

Por lo tanto, los caballeros, conscientes del notorio carácter de Penia, se sorprendieron aún más.

«Hmm, solo para asegurarnos, ¿por casualidad tienes o sabes cómo hacer el Elixir de la Excepcionalidad?».

«Eh, eh... No lo tengo, pero creo que podría prepararlo...».

«¿Podrías prepararlo también para mí?».

«Eh, bueno, lleva mucho tiempo y tengo otras cosas que hacer...».

«De verdad lo necesito».



«¡Lo haré! ¡Lo prometo...!».

Los caballeros no podían creer lo que estaban viendo.

Penia, la vicemestra de la Torre Azul y maga de sexto rango, seguía obedientemente las órdenes del conde de Palatio.

No, más que obedientemente; se retorcía para no molestarle de ninguna manera. A los caballeros les parecía totalmente increíble.

Y, por supuesto...

«¿Qué... qué demonios...?»

Lo mismo ocurría con los magos que habían sido enviados desde la Torre Azul con Penia, soportando sus constantes regañinas y derramando lágrimas de sangre por el tormento.

«¿Qué... es esto?».

«¿Estoy viendo cosas?».

«El maestro de la torre vicio ha perdido completamente la cabeza?»

Los magos, que observaban como si estuvieran presenciando el fin del mundo, jadeaban incrédulos.

«La última vez se negó a hacerlo porque era demasiado difícil y se pasó semanas quejándose... ¿pero ahora está dispuesta a hacerlo?».



«¿Estoy viendo esto mal? ¿Alguien ha lanzado un hechizo de ilusión como broma?».

«¿Eres tonto? Si alguien hubiera lanzado un hechizo de ilusión, también habría tenido que lanzar Silencio al vicemestre de la torre, y ¿quién tiene ese tipo de poder mágico de sobra?».

Estaban tan sorprendidos que incluso intentaron disipar sutilmente cualquier magia residual, pensando que tal vez otro mago estaba gastando una broma.

Y entonces...

«Gracias».

«No, es algo que debo hacer».

«¿Cuánto dinero necesitarás?».

«¿Te refieres al pago?».

«Es natural pagar por el favor que te he pedido. Solo dime cuánto y lo enviaré más tarde a la torre mágica».

Configuración de privacidad

«Bueno, pues...».



«Sin embargo, si es un poco caro, el pago podría retrasarse. Las finanzas no han ido muy bien últimamente».

«Solo... solo dame una moneda de oro».

«... ¿Una moneda de oro? ¿No es demasiado barato?».

«¡No, está bien...! ¡Sí, está perfectamente bien...!»

«... Bueno, entonces no voy a rechazar una oferta tan generosa».

Mientras observaban a Penia, que sonreía y aceptaba solo una moneda de oro por dos pociones que normalmente costaban cientos de monedas de oro, tanto los caballeros como los magos permanecían impasibles. Pronto, todos dirigieron su mirada hacia Alon.

Los rostros de los caballeros estaban llenos de asombro, mientras que en los de los magos se dibujaba una mirada de reverencia.

«Parece que hay algún malentendido, pero al menos conseguí las pociones fácilmente», pensó Alon, mientras regresaba con Evan.

«... Espere, conde, ¿desde cuándo se dirige de manera informal al vicemestre de la torre?».

«¿Eh? Soy un noble, así que hablé de manera informal».

No puede ser...



«... ¿Perdón? Pero, por lo que yo sé, el vicemestre de la torre es tratado como un cuasi-noble, y la etiqueta estándar es hablarse formalmente...».

«... ¿Ah, sí?».

«Sí».

Al darse cuenta de que había sido un poco grosero con Penia, Alon dejó escapar un suspiro silencioso.

«Con esto, ya tengo todas las cartas que necesito para jugar».

Poco después, Alon obtuvo la «Poción de Leviteon» y el «Elixir de la Excepcionalidad» de Penia. Unas horas más tarde, escuchó las palabras de Deus.

«¿Retirarse?».

«Sí».

Deus comenzó a explicarle la situación actual y Alon asintió ligeramente mientras escuchaba.

«Es cierto, no parecen capaces de luchar».

Alon recordó a los numerosos soldados heridos y las expresiones de terror en sus rostros cuando llegó a la base avanzada.



«Los caballeros parecían estar relativamente bien, pero sus expresiones tampoco eran buenas. Los únicos que caminaban con expresiones tranquilas eran los magos, que estaban allí para investigar el ritual, no para luchar».

«En cuanto a los magos... ya habían huido».

Alon miró a su alrededor. A diferencia de antes, cuando la zona estaba llena de magos, no se veía a ninguno desde que Penia había entregado las pociones.

Al darse cuenta de que los magos ya habían pulsado el botón de escape tras percibir el peligro en la base avanzada, Alon escuchó la pregunta de Deus.

Configuración de privacidad

«¿Qué pretendes hacer?»

Sin dudarlo, Alon respondió.

«Me quedaré aquí».

La razón por la que Alon había traído tantos objetos a Caliban, incluyendo el anillo del Arrogante, que había tomado prestado de la familia real, era para enfrentarse al Dios Exterior.

Sin lidiar con el Dios Exterior, el futuro que preveía no sería más que un desastre.

Mientras Alon repasaba los planes en su mente...

«¡Waaaahhh!».

De repente, se oyó un grito terrible en la distancia. Inmediatamente se levantó y salió corriendo de la tienda.

Allí vio a un mago gritando desesperadamente, junto con otros magos que huían frenéticamente hacia la base delantera.

Y entonces...

!!!

Detrás de ellos, los muertos vivientes se acercaban.

«¡Son los muertos vivientes!».

«¡Aaaaah!»

Los soldados gritaron, como si recordaran una pesadilla reciente, y se reunieron en la entrada con sus espadas desenvainadas. Los caballeros también comenzaron a preparar sus armas mientras la confusión y el miedo se extendían por sus rostros.

A pesar del caos repentino, Alon comprendió rápidamente lo que había sucedido.

«¡Una redada...!»



Al darse cuenta de que el Dios Exterior se había movido aún más rápido de lo que los magos fugitivos habían previsto, los pensamientos de Alon se detuvieron cuando...

«¡Todos, desenvainen sus espadas!».

Con el grito urgente de Fiola desde los barracones, comenzó la batalla.

Los muertos vivientes que cargan ciegamente sin ninguna táctica ni estrategia son muy inferiores en fuerza de combate en comparación con un ejército bien entrenado. Incluso si los nigromantes de este continente resucitaran a los muertos mediante la nigromancia, nunca podrían vencer a soldados bien entrenados.

Sin embargo...

«¡Por favor, sálvenme!».

«¡Aaagh!».

Esta unidad de muertos vivientes era fundamentalmente diferente de las controladas por los nigromantes comunes.

«¡Muere! ¡Solo muere! ¡Por favor!».

Los soldados clavaron sus lanzas en los muertos vivientes.

Algunos apuntaban al corazón, otros a la cabeza y otros a las piernas. Las lanzas de los soldados atravesaron diversas partes de los cuerpos de los muertos vivientes. Si se trataba de cadáveres resucitados por un nigromante,



el daño infligido habría sido tan grave que ya deberían haber dejado de funcionar.

Configuración de privacidad

Pero...

«.....»

Incluso con las lanzas clavadas en sus cuerpos, los muertos vivientes continuaron avanzando, y verlos caminar con las lanzas aún incrustadas fue más que suficiente para infundir terror en los soldados.

¡Squelch!

«¡Grrk...!»

Un soldado murió al instante, con la garganta atravesada por la espada de un muerto viviente. La situación se volvió aún más grave cuando el muerto viviente atacó inmediatamente al soldado que estaba a su lado.

La semilla del miedo plantada en el instinto de los soldados estaba más que lista para florecer. Su formación se desmoronó y, en un instante, el campo de batalla se sumió en el caos. Esto, a su vez, aumentó el número de muertes, lo que solo provocó que más muertos vivientes se levantaran de entre los caídos, creando el peor tipo de círculo vicioso.

Sin embargo, a pesar de la sombría situación, los soldados apretaron los dientes, con los ojos inyectados en sangre y bien abiertos, y continuaron luchando. ¿Por qué? Porque aún tenían esperanza.



Los caballeros, empuñando armas imbuidas de aura, estaban acabando rápidamente con los muertos vivientes, que superaban en número, reduciéndolos por miles. Los magos, que se habían unido a la batalla más tarde, estaban eliminando a los muertos vivientes incluso más rápido que los caballeros.

Entre ellos, la magia desatada por Penia era particularmente asombrosa.

«Carámbano».

¡Crack! ¡Crash, crash, crash!

Su magia era nada menos que extraordinaria. Cientos de muertos vivientes que avanzaban hacia los soldados quedaron instantáneamente congelados y se hicieron añicos, un espectáculo verdaderamente magnífico.

Sin embargo, más que Penia, las figuras que llenaban de esperanza a los soldados eran los dos Maestros Caballeros presentes: Fiola y Deus. De los dos, la presencia de Deus era especialmente abrumadora.

¡Sssht!

Decenas de muertos vivientes lo rodeaban. Algunos eran soldados con grandes heridas en la cabeza, otros eran caballeros con agujeros en el pecho. Pero...

En un instante, los cientos de muertos vivientes que rodeaban a Deus se detuvieron de repente, como si el tiempo se hubiera detenido.

Y entonces...

¡Zas!

Con un solo y ligero movimiento horizontal de la espada de Deus, todos los muertos vivientes congelados quedaron cortados por la mitad con precisión.

Un solo golpe. Cientos de cuerpos.

Una abrumadora demostración de fuerza sobrehumana que llenó de esperanza los ojos de los soldados y caballeros. Pero justo entonces...

¡Boom!

Con una explosión ensordecedora, el Dios Exterior descendió en medio del campo de batalla.

Configuración de privacidad

Por un momento, los movimientos de los muertos vivientes se detuvieron y los ojos de los soldados se dirigieron hacia el recién llegado. La abrumadora presencia del Dios Exterior llenó el campo de batalla, e incluso Deus y Fiola no pudieron ocultar la tensión que apareció en sus ojos.

Cuando el polvo ceniciente se disipó, revelando la figura de un hombre, todos contuvieron la respiración.

Aunque vestía la ropa de los bárbaros, su forma había trascendido cualquier cosa que pudiera seguir llamándose humana. Su enorme físico y su piel azul indicaban que este ser había abandonado hacía tiempo los límites de la humanidad.



Y entonces...

[Bárbaro, no manches los pecados de aquellos que no conocen el honor].

Con eso, la voz de Ulthultus resonó y los muertos vivientes comenzaron a levantarse de nuevo. Los cuerpos que habían sido destrozados en pedazos por Penia comenzaron a repararse, fusionándose como limo y regenerando sus formas físicas. Los cadáveres que habían sido cortados por la espada de Deus también comenzaron a reformarse.

En ese momento...

¡Sssht!

Fiola, que había permanecido en silencio hasta hacía unos instantes, apareció de repente justo delante del Dios Exterior. Su agudo instinto le llevó a darse cuenta de que el rumbo de la batalla había cambiado en el momento en que los muertos vivientes resucitaron, y que ya no podían asegurar la victoria.

Como uno de los Caballeros Maestros más rápidos de Caliban, poseedor del poder de la «velocidad divina», atacó antes de que Ulthultus pudiera siquiera reaccionar.

¡Thunk!

El repentino golpe de Fiola atravesó el corazón de Ulthultus.

Pero...



Solo la punta de su espada había logrado penetrar.

[Uhh.]

La mirada de Ulthultus se desplazó hacia Fiola, llena de desprecio.

[Los bárbaros no conocen el honor. Aquellos que no defienden el honor abandonan su propia existencia. Además...]

[Crack!]

[También renuncian a la nobleza del alma].

Golpe seco.

El cuerpo de Fiola, que acababa de empuñar la espada, se desplomó en el suelo. Su cabeza ya no estaba unida al cuerpo.

Sin embargo...

[No hay muerte honorable para quienes desprecian todos los valores].

Con estas palabras, el cuerpo decapitado de Fiola comenzó a retorcerse y a levantarse, convulsionando mientras se ponía de pie una vez más. Al ver este espantoso espectáculo, todos los presentes comprendieron la cruda realidad: la batalla estaba perdida.

El miedo se extendió por los rostros de los soldados, y la desesperación comenzó a apoderarse de los rostros de los caballeros y magos por igual.



Ni siquiera Penia y Deus, que habían superado con creces los límites de los humanos comunes, eran inmunes a esta desesperación. De hecho, la habían sentido incluso antes que los demás.

Configuración de privacidad

Con su mayor conciencia, sabían que el ser que tenían ante ellos poseía un poder mucho mayor del que habían previsto.

Mientras los gritos de agonía y desesperación resonaban entre los muertos vivientes, estos se vieron consumidos por la desesperanza, excepto uno de ellos.

«Oh, poderoso dios de los duelos, Ulthultus».

Mientras todos los demás se hundían en la desesperación, un solo hombre comenzó a caminar hacia el gigante, pasando entre los vivos y los muertos vivientes.

Paso a paso.

Ni lento ni rápido.

«De acuerdo con el gran juramento de Kalgunius».

El rostro del hombre que caminaba hacia el gigante permaneció tranquilo, incluso en medio de esta escena infernal de desesperación. Como si hubiera pasado por una experiencia así innumerables veces.



Y ese hombre...

«Yo, Alon Palatio, en nombre del gran juramento...».

El conde de Palatio...

«...exige un duelo a Babilonia».

Con un movimiento de muñeca, Alon levantó el brazo y una pulsera que brillaba con una luz gris oscura resplandeció cuando se quedó cara a cara con el gigante.